



# EL SEÑOR HISTORIA

EL LEGADO DE UNA FIGURA CENTRAL DE LA CULTURA TUCUMANA, A CINCO AÑOS DE SU FALLECIMIENTO



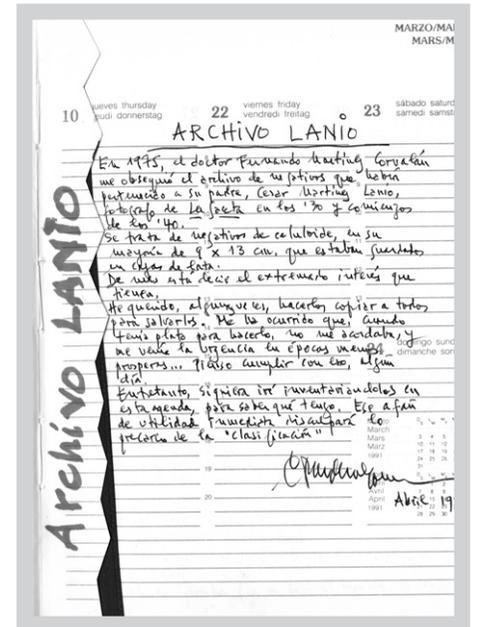
CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (H)  
1940-2020

EN LA GACETA

# LA COLECCIÓN QUE RECREA EL PASADO DE TUCUMÁN



SU OFICINA. Heredó el espacio de otro historiador, Ramón Leoni Pinto. Allí organizó su colección de libros, objetos e imágenes.



ANOTACIONES. Así registraba sus apuntes, en este caso referidos al fotógrafo de LA GACETA César Martínez Lanio.

SEBASTIÁN ROSSO  
LA GACETA

Mucho antes de caer enfermo, había decidido que esos miles de papeles, libros, carpetas y fotos, aquello que acumuló durante años, todo ese material que había estado en el origen de sus publicaciones, debía quedar a cargo de LA GACETA, el diario para el que escribió desde sus veinte años. Sólo esta empresa periodística podría salvaguardar el valioso corpus documental que lo fue rodeando a lo largo de su carrera de escritor y periodista. Su oficina era tanto un refugio como un mundo. Había conseguido transformar un lugar de trabajo en un universo de textos e imágenes en el que parecía flotar. Al final, no quería que ese nimbo se aleje de su querida provincia y, aunque había dirigido archivos estatales, sabía que el Estado nunca tenía dinero para ellos. Por otro lado, en manos familiares los archivos corrían el riesgo de desmembrarse cuando no de destruirse, con lo que dejaba sellado un pacto intelectual: LA GACETA se convertía en receptora y responsable de ese valioso legado.

## Oficina

Lo que hoy llamamos Colección Páez de la Torre cuenta con dos bibliotecas, más de setenta cajas con imágenes, cajones con objetos, carpetas y sobres llenos de papeles y un largo etcétera. Se trata de una oficina -y más- que guarda papeles de piso a techo. Si tenemos que definir un tema es la historia, y si tenemos que delimitar un lugar es Tucumán, pero en realidad hay literatura, material de economía y sociología, libros de Catamarca, Salta o Córdoba.

A grandes rasgos podemos diferenciar el archivo de su propia producción de su archivo de consulta.

De lo escrito por él, contamos con libros, artículos, borradores, notas y fichas de sus investigaciones, de las que destaco las anotaciones y los papeles que recolectó para sus biografías de Groussac, Terán o Iturri; también contamos con originales de gran parte de sus conferencias, charlas y cartas personales. Su archivo de consulta es un tema aparte. Las bibliotecas son un ejemplo de orden, pero sus decenas de cajas, a veces ordenadas y clasificadas pormenori-

zadamente y otras amontonadas en una especie de *work in progress* circunstancial, representan un largo trabajo de clasificación. En ese cúmulo, encontramos manuscritos, cartas originales, primeras impresiones o simples fotocopias; las imágenes pueden ser albúminas del siglo XIX o fotos desenfocadas tomadas hace unos días. Todo junto y una cosa detrás de la otra. En su colección la calidad es secundaria a la intención de completar un universo de referencias históricas tucumanas.

Llegados a este punto LA GACETA debe agradecer la colaboración, por no decir la amorosa dedicación de su esposa, Flavia Allende, que ocupó todos estos años para organizarlos y clasificarlos. De ella partió el proyecto de digitalizar gran parte de su catálogo y hacerlo público a través de una página web.

## Retrato

Sabemos que una colección empieza con el deseo de organizar un mundo autónomo y termina por dibujar un retrato de su hacedor, un mapa de sus intereses, una puerta de acceso a sus seguridades más férreas y también a sus

dudas menos públicas. Siguiendo esta idea, la colección de Páez de la Torre lo muestra tanto en su polifacetismo como en su afeite elegante de dandi.

Sus cosas dibujan un proyecto cultural y el perfil de un intelectual, los perfiles de su clase social y los claroscuros de toda una comunidad. Entre tantos papeles se ilumina el deseo de apuntar a una historia orgánica, detallada, documentada y razonada para éste, su pequeño lugar en el mundo.

En su oficina, junto a la soberbia de una presencia que se extraña, sobrevuela en este espacio el mismo pudor que lo hacía repetir "No soy muy bueno escribiendo, pero corrigiendo soy el mejor"; un escritor, un coleccionista y un intelectual. Un elegante demodé, luciendo corbata y gemelos todo el día. No hay ni hubo muchos en Tucumán. Como el retrato de una persona, esta colección es una fisonomía, pero también, como todo retrato, es un paisaje interior, un misterio, un depósito de secretos.

## Comunidad

Me acuerdo de que no solía importarle mucho la plata. Pagaba

siempre y en billete. Trataba de pasar buenos honorarios para los trabajos que emprendía, pero a las cosas que tenía las presentaba más bien por lo que significaban en su universo intelectual que por lo que podían llegar a costar. Diría que casi nada de lo que encontramos en su colección estaba tasado, porque su lógica y su pretensión era reunir fuentes para que sean estudiadas y no reliquias para ser vendidas.

Si en la oficina metía la mano en una caja, podía sacar un daguerrotipo anónimo o una foto de Paganelli, una carta firmada por Javier López o la Guía de Colombres de 1901. En su casa había un retrato de Ambrosio Funes, otro de Soldati, una pequeña cabeza de Lola Mora, un casco de bomberos de los 20, y así aparecían nombres e historias que se hilvanaban unas con otras mientras volvían a la vida.

Como un mago pero también como un guardián, su voz podía encantar o intimidar pero buscaba siempre estimular la curiosidad y multiplicar las historias. Lo que queda de esa voz y lo que tanto ayudó a templarla quedó aquí, en su Colección.

## LIBRETAS DE ARCHIVO

# EN BUSCA DEL DETALLE PERDIDO

ROBERTO DELGADO  
LA GACETA

La oficina de Carlos Páez de la Torre (h) era un tesoro de libros, cuadernos y objetos como de coleccionista. De ella salía a veces con algún cuaderno donde había anotaciones con letra pequeña, clara y minuciosa, con pequeños títulos acompañados de fechas o referencias. También podía llevar algún archivo de datos primarios en pequeñas libretas de teléfonos, cuyas páginas blancas estaban saturadas de referencias y tachones de datos ya se habían usado. Quizá eran demasiado personales para comprender los molinos del pensamiento del historiador y periodista, ávido de detalles que le diesen carnadura y sentido a las historias, pero guías para entender su oficio. Félix Luna había señalado esa característica en la obra "Historia de Tucumán", de Páez de la Torre: "no son meros nombres, casi todos tienen vida, ofrecen al lector su rostro, sus características personales, sus manías, sus excentricidades".

A Carlos le había llamado la atención el hábito de Manuel Mujica Lainez de escribir en libros del tipo de caja contable, que permitían elaborar un texto y agregar detalles al margen, con lapiceras fuente de calidad. Él hizo algo parecido. Acaso allí se desarrollaban los primeros esbozos de los textos serios, destinados a la imprenta. La base eran esos detalles esbozados en libretas y cuadernos, el primer contacto con los datos. "El pasado siempre es atractivo, y si se trata de chismes, mejor", escribió a propósito de un libro de historias de la historia. Y citaba la frase de Chesterton: "lo divertido es lo contrario de aburrido y no de serio".

En esas libretas había mezclas que evidenciaban la pasión que perseguía hasta los detalles más nimios. Fotos, ubicación, publicación, fecha; direcciones, datos de libros, esbozos de búsquedas ya sea personales o bibliográficas. Por ejemplo: "Cuadro de Teófilo Castillo... lo tienen en xxxx". O: "Apenas: Ver Motín

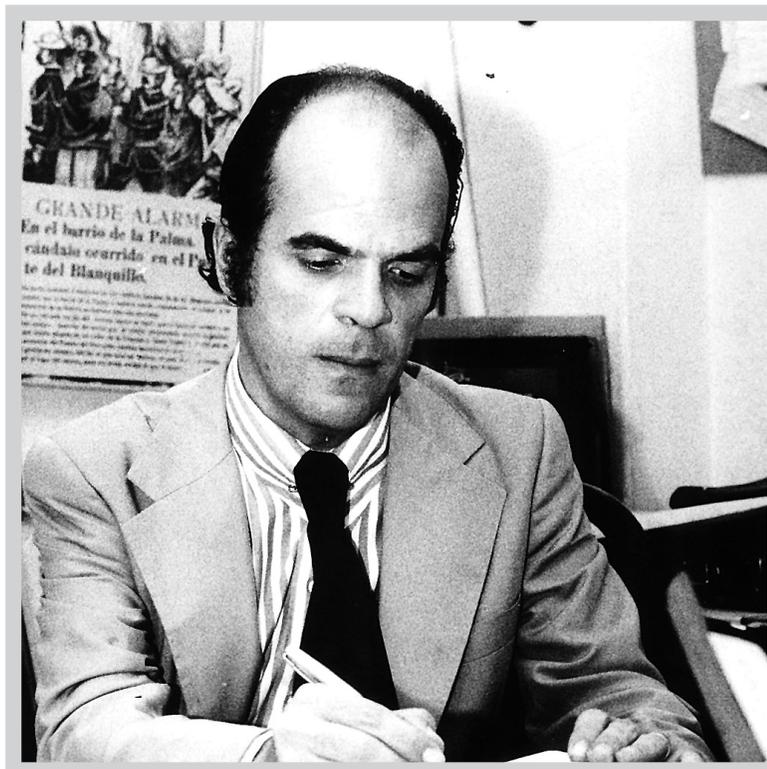


BANCO DE DATOS. En libretas y cuadernos registraba las impresiones para desarrollar luego sus investigaciones.

Cárcel 28/6/13 LG y LO"; o "Silones históricos, 29/4/19 ¿EO o LG?" (se refería a los diarios "El Orden" y LA GACETA).

¿Hay historias importantes no contadas? Tal vez. En un cuaderno rojo tenía un dato tomado al azar sobre secretos en la Casa de Gobierno pero Páez de la Torre no pudo, al menos en ese caso, corroborar el chisme y lo anotó para, quizá, aclararlo en el futuro. "No he conseguido ese detalle", dijo.

El caso de Gabriel Iturri muestra la avidez de Carlos por los detalles. Singular personaje mencionado por Paul Groussac en "El viaje intelectual", amante del conde Robert de Montesquiou, Iturri fue incluido por Marcel Proust en su obra "En busca del tiempo perdido". Páez de la Torre se interesó en él a fines de los años 60 a partir de dos cartas y comenzó a indagar. Al final de su texto de 1973 - "Gabriel Iturri: de Yerba Buena al mundo de Marcel Proust"- se lamentaba porque "dicen que (Montesquiou) alguna vez envió



MINUCIOSIDAD. Los cuadernos, gran ayuda memoria para Páez de la Torre.

a la Argentina el retrato de su secretario, obra de un gran pintor. No lo hemos hallado". Y de-

cía: "parece mentira que el tucumano de Groussac terminara figurando nada menos que en

un monumento literario de todos los tiempos, a pesar de su insignificancia esencial. Es que acaso no fuera tan insignificante". Después de varios artículos sobre Iturri, Páez de la Torre publicó "El canciller de las flores" (1992) y años después volvió sobre el tema en otro libro, "El argentino de oro", porque, dijo, habían surgido nuevas revelaciones con la publicación de la correspondencia de famosos de la "Belle Époque". El pasado se reescribía.

Hay detalles que jalonaron vidas, como la diablura de 1882 de un Ernesto Padilla de 9 años, que motivó que Paul Groussac lo expulsara de la Escuela Normal. Páez de la Torre investigó el asunto por las cartas a lo largo de los años de Padilla.

Hay detalles que marcaron escándalos. Así lo contó en la nota sobre la "visita de pesadilla" del músico Camille Saint Saëns a Tucumán en 1916 (publicada el 12/5/85) y celebró que se hubiera ocupado de esos entretelones el periodista Julio Alberto Castillo. "En las provincias siempre hay -por lo menos- dos versiones de lo acontecimientos más serios -escribió Páez de la Torre-. Una es la que queda en los papeles oficiales, en las crónicas periodísticas, en las fotografías. La otra -nada fácil de documentar seriamente- pervive en la memoria colectiva, y suele caracterizarla, entre otras cosas, una esencial irreverencia. Los acontecimientos aparecen allí despojados de toda solemnidad, y los protagonistas ya no se definen por sus funciones o su prestigio, sino por datos más domésticos, caseros: si era bajo o alto, o gordo, qué manías o tics tenía, qué había de ridículo o de extravagante en sus modales y su vestimenta. Se podría así, en el interior de la Argentina, escribir todo un libro de esta historia paralela, por cierto mucho más amena que la oficial cristalizada en textos respetables. Lástima que estas versiones, por lo general, no se registren y se vayan esfumando con el tiempo".

## EL ACADÉMICO

# UNA TRAYECTORIA RIQUÍSIMA E IMPOSIBLE DE RESUMIR

**SARA PEÑA DE BASCARY**  
HISTORIADORA - ESPECIAL PARA LA GACETA

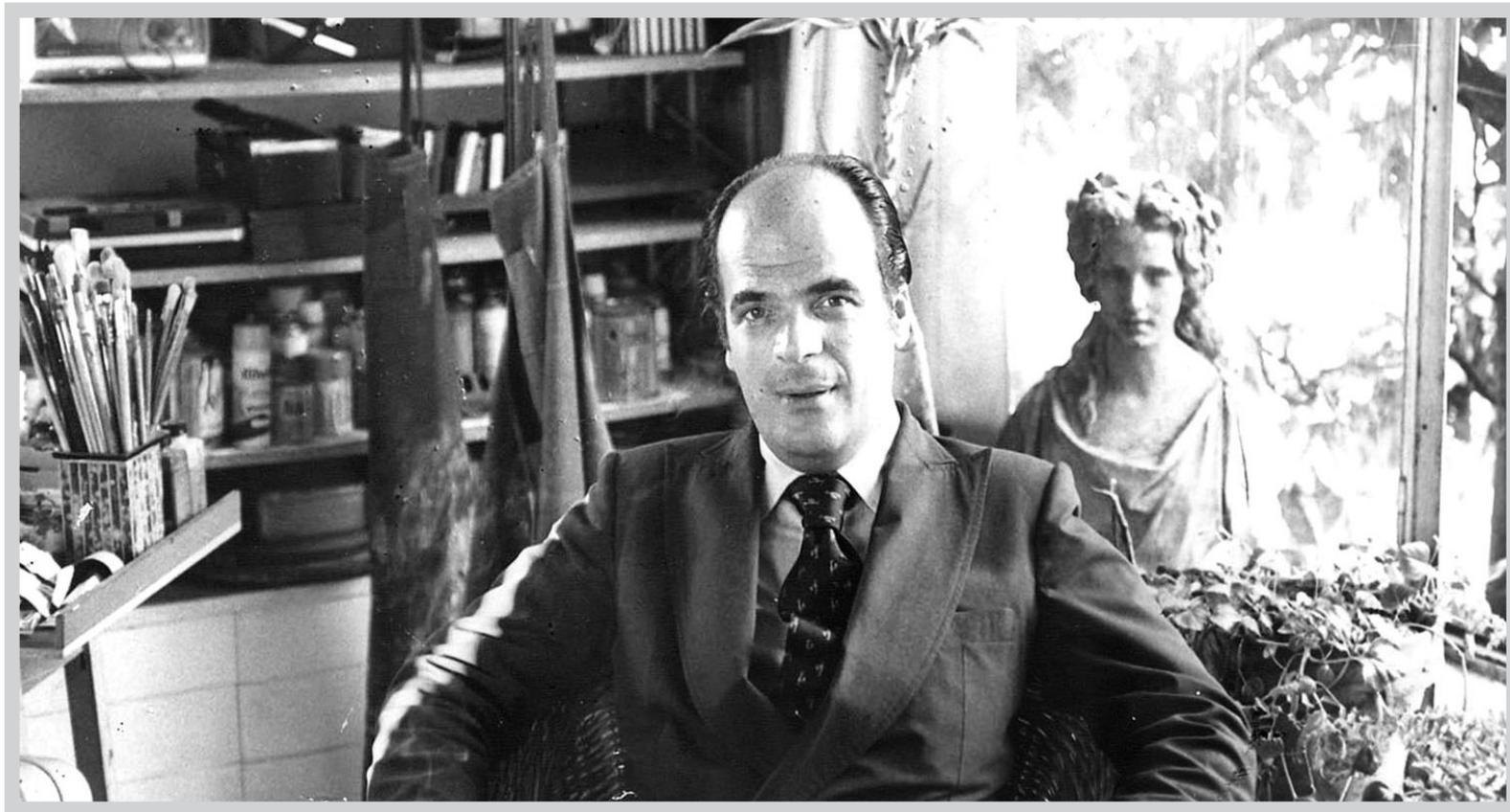
El 26 de marzo de 2020, hace cinco años, nos dejaba el doctor Carlos Páez de la Torre (h). Dejó un espacio difícil de cubrir en la disciplina histórica que ocupó su vida. En LA GACETA fue 58 años periodista e historiador. Nos deleitó día a día con sus Apenas ayer, los De memoria y tantas notas ilustradas más.

Tuvo fascinación por antiguas fotos de la ciudad y su gente. Buscaba, recogía y daba a conocer. Investigador, obsesivo, como él mismo decía. No olvidó su emoción ante el hallazgo de una fotografía original. En los '70 me pidió colaboración, con imágenes, para sus Personalidades en el olvido. Años después para Los rostros del viejo Tucumán, uno de sus notables álbumes ilustrados de LA GACETA, coautoría con Sebastián Rosso, con quien encaró además El Congreso de la Independencia, la reedición de Templos Católicos de Tucumán, y el último, a fines de 2019, Una memoria de la entrañable ciudad, cuando su salud comenzaba a declinar.

Su Historia de Tucumán es la única obra completa desde el siglo XVI hasta finalizar el siglo XX. Indagó meticulosamente archivos y bibliografía. Obra de consulta imprescindible para investigadores. Plasma los hechos y los hombres que actuaron en esos tiempos. Los asocia con la historia regional y nacional. Aspectos sociales, económicos y políticos. Editada en 1987, recientemente se reedita e incluye un capítulo que Páez de la Torre, años más tarde, agregó. Su esposa Flavia Allende, a quien se debe la reedición, encontró, en su archivo la versión con el último apartado que ahora se da a conocer.

Numerosas biografías como las de Nicolás Avellaneda, Paul Groussac, Juan B. Terán, Lola Mora, con Celia Terán, Don Lucas Córdoba, y Una historia de Taffí del Valle con Pedro León Cornet, entre tantos otros libros. Imposible enumerar toda su vasta obra.

Miembro de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán y



FOTOGRAFÍA TOMADA POR ALDO SESSA. La sesión a la que pertenece este retrato se realizó en el estudio del prestigioso fotógrafo.

Miembro de la Academia Nacional de la Historia, fue su vicepresidente. Recibió numerosos premios y distinciones, entre ellos el Konex.

En la Junta su presencia fue vital. Con un grupo de historiadores la fundaron en 1966. Recuerdo sus emotivas palabras en el homenaje a los 50 años de la Revista de la Junta, en 2018, y a su director, el historiador Ventura Murga. Con sus artículos, las ediciones de la revista, se enriquecieron notoriamente. Contar con su apoyo y opinión fue vital en las acciones que se encararon. Para el bicentenario de la Batalla de Tucumán le pidieron un homenaje especial y me eligió, halagándome, fuese coautora. El libro "Porteños, Provincianos y extranjeros en la Batalla de Tucumán" lo editó Planeta y Carlos solicitó destacar: "con colaboración especial de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán".

Brindó numerosas conferencias, integró el cuerpo docente en cursos. Presentó la iconografía completa de próceres: imágenes



CEMENTERIO DEL OESTE. Cuando repatriaron los restos de Monteagudo.

de Sarmiento, Belgrano, Avellaneda, San Martín, Juan B. Terán, entre otros. Quería mucho a la Junta.

Páez de la Torre (h) fue director

de Cultura cuando tuve a cargo museos provinciales. Brindó especial apoyo al Histórico Nicolás Avellaneda y a la Casa Padilla durante ocho años. Más adelante co-

laboró a la Casa Histórica, con dos libros: Imágenes de la plaza Independencia de Tucumán en el S. XIX, y Nicolás Avellaneda y Paul Groussac, artículos en investigaciones y conferencias.

Por su intermedio, donaciones, como el bastón de mando de Urquiza, llegaron a la Casa. Y, también lo hizo en el Museo Histórico Miguel Lillo. A ese museo cedió uno de los escasos álbumes originales del hallazgo de Loma Rica, de Liberani. Era un apasionado defensor del patrimonio histórico cultural. Desde la LA GACETA apoyó acciones de los museos con excelentes notas.

Carlos Páez de la Torre (h) fue quien me introdujo en la investigación histórica. Compartí autoría de algún artículo y el libro mencionado. Se trabajaba muy bien con Carlos; poseía además, un gran sentido del humor. Era muy generoso con los historiadores, a muchos apoyó decididamente. Estos recuerdos, de tantos que conservo, a la memoria de un entrañable maestro, amigo y colega.

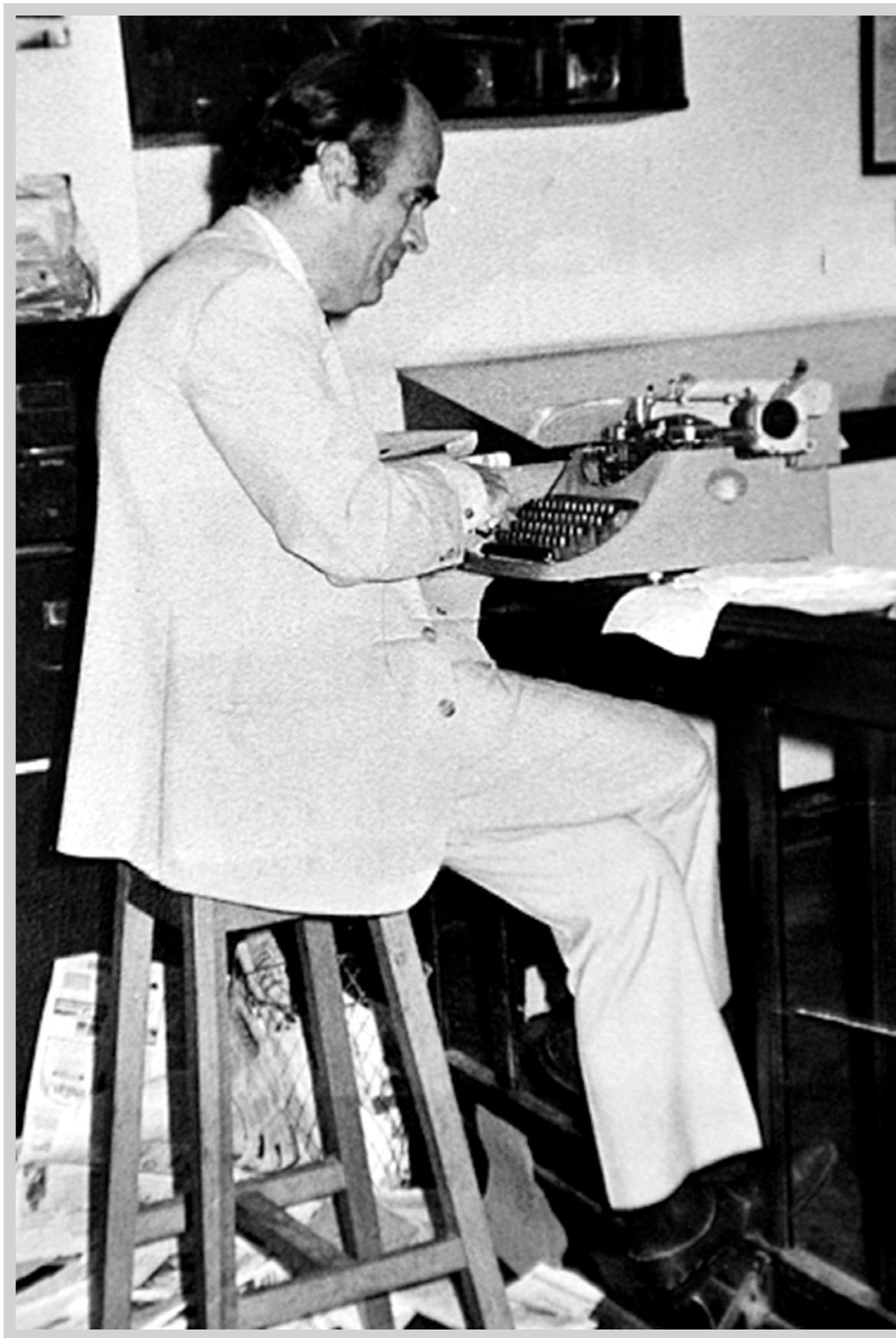
## EL PERIODISTA

SU TRAZO  
PERMANECE

**IRENE BENITO**  
PERIODISTA - ESPECIAL PARA LA GACETA

El gurú del periodismo hispanoamericano, Miguel Ángel Bastenier, solía repetir que el futuro de un cronista dependía de sus lecturas y conocimiento del mundo, y de una cuota de suerte: el haber recibido, en los años decisivos, la guía y las enseñanzas de un maestro en la redacción-escuela. Había algo más. Ese vínculo debía forjarse al calor del oficio, mientras se practicaba la habilidad de contar lo que pasa -y, eventualmente, de por qué pasa lo que pasa-, sin que discípulos y mentores fueran conscientes del hilo que los reunía. Debía tratarse de una fusión natural entre el ímpetu y las energías juveniles, y las canas, las heridas y los galones que configuran la experiencia. Bastenier decía que esta relación entre principiantes y fogueados no sólo suavizaba los golpes para los primeros y la veteranía para los segundos, sino que también cumplía la función de mantener encendida la llama -sagrada- del periodismo. Carlos Páez de la Torre (h) fue esa clase de maestro.

Que se muriera en los inicios de la pandemia, justo cuando, por el virus, no quedaba nadie en la sala de LA GACETA, resultó el toque triunfal para la elegancia que lo distinguía. Carlos no toleraba la cursilería. Era un trabajador irredento a quien ningún logro ni premio había logrado satisfacer ni jubilar. El calor, el frío, la humedad, la edad o la frustración ante una sociedad empeñada en vivir de espaldas a la evidencia, que a la mayoría echaba hacia atrás, para él constituían irrelevancias. Puntual, y a menos que Tafi del Valle o la Academia porteña lo llamaran, llegaba a su oficina del Archivo para entregarse al periodismo profesional y a la investigación histórica. A la mediocridad que aborrecía (casi tanto como al sentimentalismo) la combatía con estudio, curiosidad, libros e inagotable placer por la revelación de los detalles. Él juzgaba fundamental lo que para muchos era baladí y viceversa. Por ejemplo, la representación precisa del rostro de José de San Martín,



EN LA REDACCIÓN DEL DIARIO. Concentrado con su texto, escribiendo en una inolvidable máquina Olivetti.

Libertador cuya efigie, paradojas de la patria, había sido reproducida con tanto descuido.

Esa obstinación por seguir adelante pese a una coyuntura cultural hostil, y por cultivar una personalidad y un espíritu por fuera de los cánones hizo de Carlos una leyenda. Sólo quienes no lo conocieron de primera mano ni disfrutaron de sus consejos, aportes y anécdotas pueden colocarlo en una torre de marfil o reducirlo a una excentricidad. Si percibía en otros avidez por saber, sin importar las diferencias de jerarquías y de trayectorias, les abría de par en par las puertas de su biblioteca y les brindaba su amistad, que para él eran movimientos sinónimos y equivalentes.

La vida consagrada a la producción intelectual en LA GACETA había otorgado a Carlos el derecho a dedicarse a los pliegues de la historia que lo fascinaban. Casi podría decirse que vivía en un estado de subyugación y encantamiento. Tomar un café una mañana cualquiera con él y su escudero de los últimos tiempos, el artista Sebastián Rosso, implicaba sumergirse en un baño de motivación salpimentado con infaltables estocadas de ironía y de humor. Su energía contagiaba el deseo de ir siempre más allá en la búsqueda de excelencia. Quizá él desconociera el efecto aleccionador que ejercía con su contacto o tal vez simulara no darse cuenta. Mientras tanto, iba entregando a sus héroes: Paul Groussac, Juan B. Terrán, Juan Heller, Ernesto Padilla y los otros grandes de la Generación del 80.

Bastaba escucharlo un momento para encontrar sentido al anhelo de trascendencia, y recordar que otro Tucumán había existido y que un Tucumán mejor era posible. Carlos fue ese tipo de maestro que, como ilustraba Bastenier, enseñaba con el ejemplo y la memoria.

Era un periodista distinto, que inventó un género con sus "penas ayer". Por eso mismo su trazo permanece, aunque se hayan secado los cartuchos de tinta de las plumas que llevaba afanosamente en el bolsillo.

## LA AMISTAD

# TUCUMÁN LE DEBE UN MAYOR RECONOCIMIENTO

**PEDRO LEÓN CORNET**  
ABOGADO - ESPECIAL PARA LA GACETA

Han transcurrido cinco años desde su partida. Y fueron tiempos pesados para todos. Es como si la ominosa pandemia se lo hubiera llevado, porque su ausencia comenzó junto al flagelo que nos conmovió en muchos sentidos. El día de su entierro se me impidió llegar a acompañarlo y a su familia, y casi terminé preso. A la pesadumbre de la inmensa pérdida de tan gran amigo, se agregaba, fatal burla del destino, el encierro, la inmovilidad en las exageradas prevenciones iniciales.

Pero es probable que ese clima externo de pesadumbre y limitación hubiere contribuido a que, en la forzada soledad casi angustiante, los recuerdos de nuestra larga amistad se agolparen, rescatando la valía, la enseñanza que tanta amplitud intelectual y anímica nos legara Carlos.

Cuando uno toma conciencia de que el diálogo cotidiano, que la palabra siempre dispuesta y plena de caudalosos contenidos se acalló para siempre, comienza a crecer la valoración de los recuerdos, el aprecio de tanta vida transitada tan cercanamente. Debo confesar un íntimo orgullo de haber sido beneficiado por su generosa amistad. No es el caso ni el momento de evocar ahora las infinitas situaciones que, desde la niñez nos fueron alineando. La escuela, el colegio, la Facultad, los tiempos de labores profesionales, las familias, hasta la historia -su baluarte, los escritos, los libros y, sobre todo, las lecturas que jamás se abandonaron.

Que Carlos Páez de la Torre era un intelectual de altísima cultura es una verdad sabida. Pero no se trataba solamente de su clara inteligencia, de su formación, de la amplitud de cuestiones que delataban su erudición. Es algo más allá todavía. Se trata, creo, de su increíble empeño, de su labor inacabable. Ese impulso, esa impronta que mantuvo hasta el final de hacer, de generar, de expandir, de difundir y de trabajar sin horario ni descanso en lo que lo apasiona-



UN DIBUJO DE 1967. Caracterizado como un escriba del siglo XVIII.

ba. La historia, desde ya, pero también el periodismo, ese maravilloso afán de conocer, valorar, escribir y transmitir, y además hacerlo con tremenda generosidad.

Carlos escribió más de treinta libros de historia, entre ellos muchas biografías, y de sus biografiados seguro emanaban no solamente sus sapiencias, sino sus improntas personales. Y en Carlos se notaban esos valores que identi-

caban a Groussac, a Sarmiento, a Avellaneda, a Roca, a Juan B. Terrán y a su propio abuelo Alberto de Soldati. Y muchos más: incursionó en la vida y obra de esos hombres y mujeres que tanto merecimiento tenían para que una pluma tan capaz, como fue la de Carlos, los rescate del habitual olvido. Y al hacerlo, creció en él la estima, la valoración, el respeto y la dignificación de tan valiosos



AMIGOS DE TODA LA VIDA. "Michín" Cornet y Páez de la Torre.

protagonistas de la historia. Carlos no era un relator. Su mirada del pasado se insertaba en las verdades, pero siempre con hilo conductor para él insoslayable: la ética. Los propósitos que animaron a sus biografiados y el beneficio que de ellos recibimos.

Y esa actitud de amplitud, de una generosa humildad, le llevó a compartir autoría en 15 libros, enalteciendo cada obra con el prestigio de su capacidad, tan reconocida. Yo fui uno de los beneficiados y tengo a orgullo que nuestros nombres se hubieran impreso juntos en esos ejemplares.

Destaco ese apego a las biografías, toda vez que Carlos, aun siendo un académico de la historia, casi nunca abordó los episodios bélicos, salvo cuando le pareció ineludible hacerlo. Por ejemplo, con respecto a la gran batalla de Tucumán del 24 de septiembre de 1812, le dedicó, junto a Sara Peña, un pormenorizado estudio sobre sus actores (Porteños, provincianos y extranjeros) y ese impresionante aporte nos lleva a valorar y comprender la intensidad e importancia de aquella gesta de Belgrano y su gente. Repetía siempre, que, para las batallas, los ejércitos y toda la épica guerrera, había que leer la historia militar argentina, que tiene autores muy calificados, como Ruiz Moreno o Miguel de Marco. Carlos se sentía atraído por los acontecimientos y personajes civiles del pasado.

Su Historia de Tucumán se convirtió en el texto más completo, irremplazable, donde abrevan todos los estudiosos de nuestra historia. Su obra guía, enseña, devela los hechos, circunstancias y personajes que nos preceden. Con solvencia, con amenidad y siempre profundizando la verdad histórica. Tucumán ha tenido, por cierto, y tiene, excelentes historiadores. Pero la dimensión de la obra de Páez de la Torre es, verdaderamente, sorprendente y harto valiosa. Predicaba que a la historia no solamente hay que leerla y apreciarla. Para él se constituyó en un deber escribirla, y en eso nos queda hoy la gratitud. A los cinco años de su partida, cada día apreciamos más su fenomenal herencia cultural.

No se trata en esta evocación de pormenorizar la personalidad y producción intelectual de un hombre tan importante. Es recordarlo, ahora y siempre con afecto, con gratitud y con admiración. Pienso que Tucumán debe un mayor reconocimiento a su persona. No hay aún alguna calle, un busto, un sitio público que se destine a su homenaje. Exhorto a que se llegue en prontitud a ese momento, que demostrará que nuestra tierra no olvida a sus hijos de tanto merecimiento.

Carlos, viejo amigo, te gustaba tanto evocar la cita poética que ahora es para ti: "Un balbuceo de salud para tu sueño inacabable".

## EL INVESTIGADOR

# LA CIUDAD DE TUCUMÁN EN LA OBRA DE PÁEZ DE LA TORRE

*Texto publicado en LA GACETA pocos días después del fallecimiento del historiador*

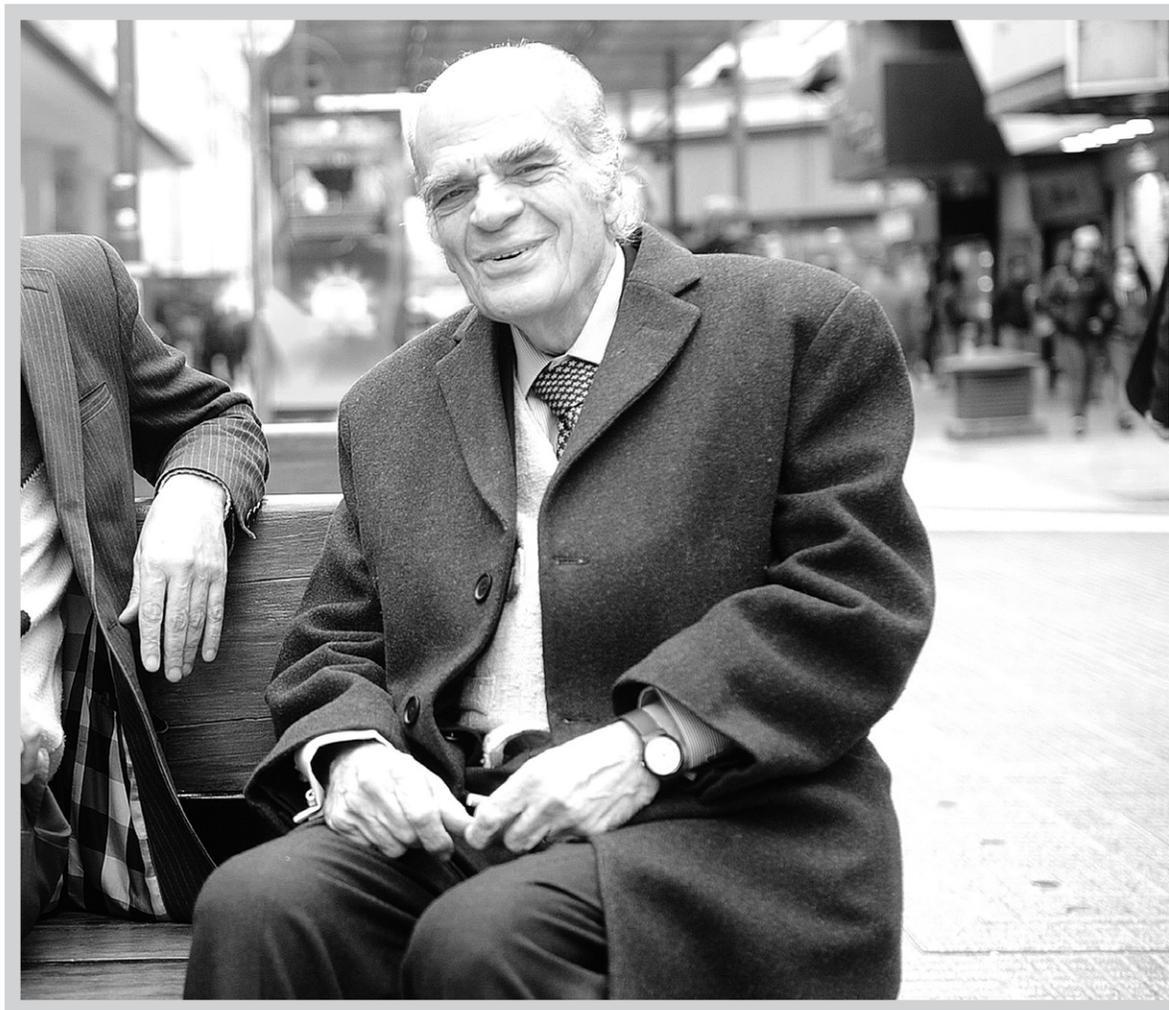
**RAÚL TORRES ZUCCARDI**  
ARQUITECTO - ESPECIAL PARA LA GACETA

Estas breves notas surgen del deseo de dar forma a lo que tantas veces, en el grupo de amigos, fue una de nuestras conversaciones como reflejo de la corriente de afecto y consideración que mantenemos hacia Carlos Páez de la Torre.

Nos motivaba llegar a entender el tramado y sentido global que muestra su amplia producción escrita. Los trabajos de Páez de la Torre a lo largo de más de cinco décadas -centenares de artículos y monografías, estudios preliminares y prólogos y la treintena de libros y folletos-, se presentan como un conjunto diverso. Atraviesan diversas líneas, hasta mostrarse bien entrelazado y convergente hacia un mismo objetivo: el pasado regional y nacional entre el tiempo de la Organización Nacional y mediados del siglo XX, o sea el que trata de la construcción de la modernidad en Argentina y en Tucumán.

Desde el intento de distinguirlas encuentro que una de ellas desarrolla los acontecimientos, situaciones, eventos y períodos históricos propiamente dichos; otra cultiva con el mayor éxito el género biográfico orientado hacia los grandes hacendados del pasado que naturalmente orientaron el proceso histórico-social de Tucumán y por último, muestra una constante preocupación por nuestra ciudad: orígenes, caracteres, evolución y presente en su relación con todo lo anterior.

En una decena de libros, editados entre 1971 y 2019, resuelve como en pocas oportunidades se hizo ciertos aspectos específicamente histórico-urbanísticos de la ciudad de Tucumán o expone el rol desempeñado por los principales protagonistas en la conformación de la ciudad. Estas obras son "El ingeniero-arquitecto José de Bassols en Tucumán" (1971, en coautoría con A. R. Nicolini); "Lola Mora. Una biografía" (1997, en coautoría con C. Terán); "San Miguel de Tucumán, las calles y sus



EN LA PEATONAL MENDOZA. Era un profundo conocedor de la ciudad y de sus secretos.

nombres (1981, en coautoría con V. Murga); "Geografía de Tucumán" (1983 en coautoría con C. Terán); "Historia de ciudades. Tucumán" ("Serie Historia testimonial argentina", 1984, selec., adapt. y prólogo); "Imágenes de la Plaza Independencia de Tucumán en el Siglo XIX" (1985); "Iglesias de Tucumán" (1993, en coautoría con R. Viola); "Las calles de San Miguel de Tucumán" (2005); "Crónica histórica de la agrimensura en Tucumán" (2014); "Templos católicos de Tucumán" (2017 en coautoría con R. Viola); "Una memoria de la ciudad entrañable" (2019 en coautoría con S. Rosso).

A esta nómina deben sumarse otras obras, históricas o biográficas, que incorporan la ciudad y sus particularidades como la razón o el escenario necesario para

referir e ilustrar el proceso histórico de Tucumán. En ellas encontramos aportes sobre la vida social, las actividades, pasiones, acciones e ideas y, en fin, aquel espíritu predominante que llevó a San Miguel de Tucumán a desempeñarse como una isla de cultura urbana y progreso en la región noroeste de la Argentina entre los siglos XIX y XX. Sin pretender agotar este género merecen mencionarse como ejemplos característicos el libro "El Congreso de la Independencia-Antes, durante y después" - En revista Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, n° 24, FAU-UBA, 1971. (en 2016) que desarrolla en 126 páginas los capítulos 7 y 8 de la obra bajo los títulos "La Casa donde se Juró" y "Día a Día en la Aldea". También

la reciente edición de "Gobernar es sanear-Vida y servicios del doctor Alberto León de Soldati" (2019) incluye implícitamente una visión de nuestra ciudad en la época, al cronar sus iniciativas para atender el bien público que la ciudad tanto demandaba. Tales la creación del primer jardín de infantes, los gimnasios escolares, biblioteca en el Consejo de Educación, diversas infraestructuras urbanas y territoriales, hasta la laboriosa y tenaz gestión ante los poderes públicos local y nacional (desde la primera iniciativa de 1898) para el saneamiento de los pantanos existentes entre el límite este de la ciudad y la ribera del Río Salí que dieron lugar a la magna creación de Soldati: el Parque 9 de Julio. También la obra "Historia Ilustrada de Tucumán"

(1987) le permite hablar sobre la ciudad como el ámbito que a la vez alberga y motiva las acciones relatadas.

Páez de la Torre se acerca a la ciudad con una visión humanística y un lenguaje apropiado e inusual entre los comentaristas habituales porque estos en su mayoría provienen del urbanismo, la arquitectura o la ingeniería y sus puntos de vista difieren con los del escritor, periodista, historiador o historiador urbano. Aquellos, por lo general apegados a su formación ven la ciudad a través de secciones o temas independientes unos de otros, finalizan con unos diagnósticos sectoriales de difícil integración e impedidos de proporcionar un entendimiento global. Si bien aún mantienen en muchos estudios una cierta presencia han sido cuestionados acertadamente por sus fallas metodológicas: Simples intentos para comprender o como "gestión de la simplicidad". Otras veces, tomando distancia, desde la abstracción de los grandes números y la geografía regional, lo que contradice toda experiencia valedera sobre la ciudad. Olivier Mongin dice "...No hay mejor vía de entrada que la de los escritores que escrutan la ciudad con su pluma y con su cuerpo".

En nuestro caso la interpretación de Páez de la Torre, menos atada a los puntos de vista teóricos de las ciencias fácticas es sensible a las circunstancias fenomenológicas, a un imaginario donde los seres humanos viven experiencias sensibles, historias de vida, aceptan o adoptan valores orientadores, hasta llegar a demostrar cómo la influencia ejercida por ciertos individuos -en forma de decisiones desde el poder, la cultura, el conocimiento o el interés-, fue una fuerza suficiente para determinar el carácter y la forma ulterior de nuestra ciudad y sus modos de vida. Para Carlos Páez de la Torre la ciudad de Tucumán no es una "ciudad-objeto de..."; en sus reflexiones es una "ciudad-sujeto" que encarna un modo de vida y destino.

DE MEMORIA

# PRIMER CONTACTO CON EL PRODIGIO

CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (H)  
LA GACETA

Entre tantas páginas memorables de “Cien años de soledad”, de Gabriel García Márquez, hay una - al fin del capítulo inicial- que narra el primer contacto de José Arcadio Buendía con algo que jamás había conocido ni imaginado: el hielo. Ocurre cuando llega a Macondo el grupo de “gitanos nuevos” y arma una feria multitudinaria que trastorna a la aldea.

Aferrando a un hijo en cada mano para no perderlos entre el gentío, José Arcadio logra llegar hasta una de las carpas, que según los gitanos supo cobijar nada menos que al Rey Salomón. Tras pagar una entrada de 30 reales, penetra en su interior. Al centro, se le aparece encadenado un gigante rapado, que custodiaba un cofre de pirata.

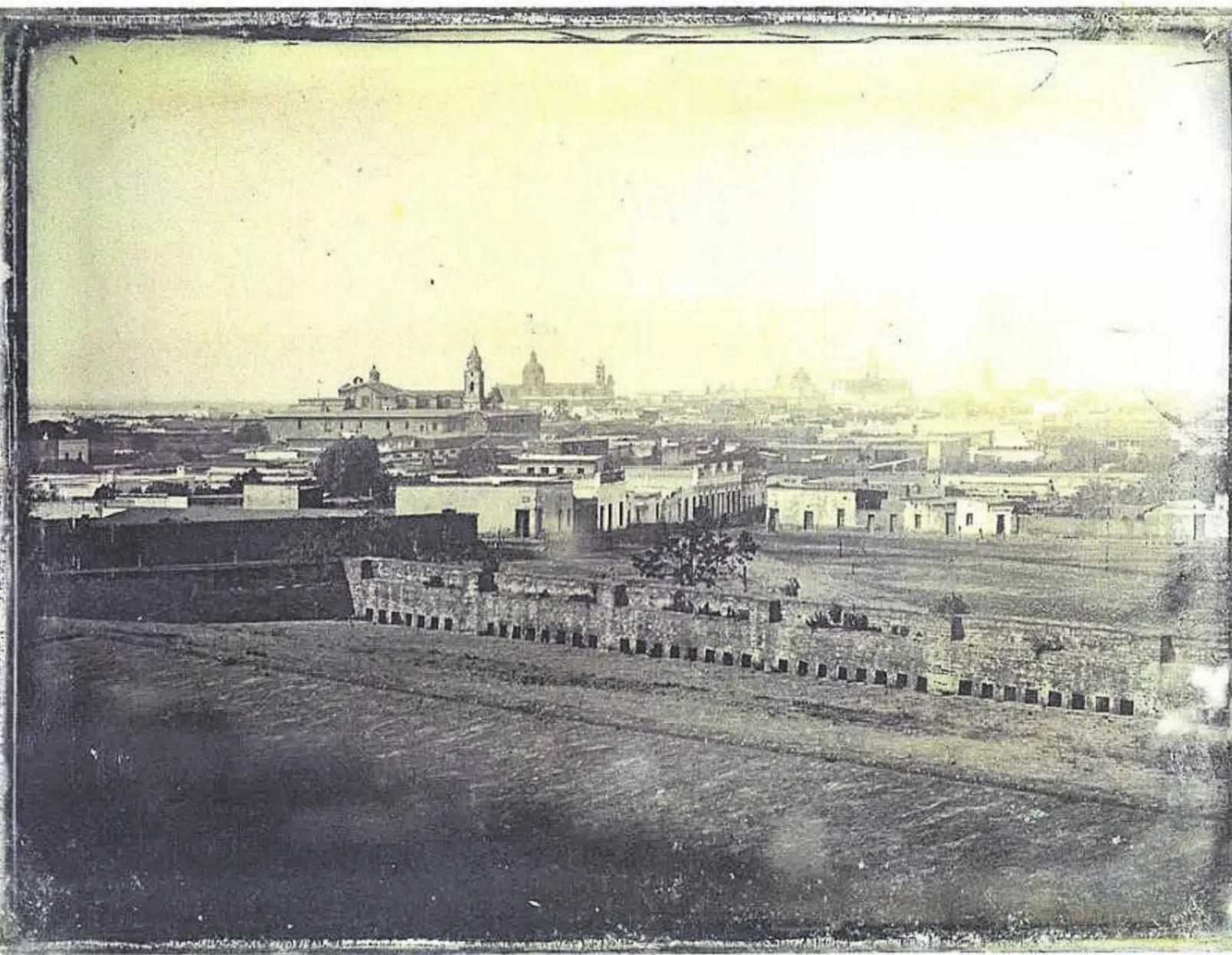
“Al ser destapado por el gigante, el cofre dejó escapar un aliento glacial. Dentro sólo había un enorme bloque transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba en estrellas de colores la claridad del crepúsculo”, escribe García Márquez.

## José Arcadio y el hielo

El desconcertado José Arcadio murmura: “Es el diamante más grande del mundo”. El gitano lo corrige: “No. Es hielo”. José Arcadio quiere tocar el bloque, pero se lo impide el gigante: exige 5 reales más. José Arcadio “los pagó, y entonces puso la mano sobre el hielo, y las mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio. Sin saber qué decir, pagó otros diez reales para que sus hijos vieran la prodigiosa experiencia”.

José Arcadio hijo no quiso tocar nada. El otro, José Aureliano, “puso la mano y la retiró en el acto. ‘Está hirviendo’, exclamó asustado. Pero su padre no le prestó atención”.

Desembolsó otros cinco reales “y con la mano puesta en el témpano, como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó: ‘Este es el gran invento de nuestro tiempo”.



DAGUERROTIPO DE 1852. El fotógrafo, desde Retiro y de espaldas al río, enfocó a Buenos Aires hacia el sureste. El baldío en primer plano, será la plaza San Martín. La calle que penetra al sur es Florida.

## La foto en el Plata

Sabemos que el delicioso texto de García Márquez es pura ficción. Pero recorriendo, siquiera superficialmente, escritos argentinos del siglo XIX, pueden encontrarse testimonios de situaciones parecidas: ese toparse con algo nunca visto, cuya maravilla se quiere asimilar a bocanadas y,

además, describirla a terceros.

La fotografía llega al Río de la Plata en 1840. En febrero, atraca en el puerto de Montevideo la fragata francesa “L’Oriental”. Entre sus pasajeros viene un eclesiástico, el abate Comte.

Trae en su equipaje la misteriosa máquina, inventada por Joseph Niepce y perfeccionada por Jacques Daguerre, que produce

“daguerrotipos”. Esto es, fotografías impresas sobre metal: se usará el papel recién varios años después.

El abate presenta su artefacto en una sesión solemne de la Legislatura. Explica el mecanismo, muestra las imágenes que ha obtenido y deja estupefactos tanto a los diputados como al público de curiosos que se apiña en la barra.

## Dibujo perfecto

Entre la concurrencia, está Mariquita Sánchez (1786-1868), viuda de Thompson y ya señora de Mandeville, la famosa dama porteña. La acompaña un compatriota exiliado, el doctor Florencio Varela. De vuelta en la casa, Mariquita se apresura a escribir a su hijo Juan, a Buenos Aires. Quiere na-

ANÁLISIS

UNA VISIÓN NOSTÁLGICA DE LA HISTORIA

MARCELA VIGNOLI HISTORIADORA - ESPECIAL PARA LA GACETA

Como egresada de la carrera de Historia, dedicada a la historia cultural y política de Tucumán, seguía a Carlos Páez de la Torre en su columna "Apenas ayer" y otras notas de difusión que publicaba LA GACETA casi diariamente, en las que escribía sobre lo que la historiografía denominó "historia de la vida cotidiana", combinándola con pinceladas sobre grandes acontecimientos políticos y referencias a algunos tucumanos ilustres.

Mucho me gustaron entonces las notas sobre la biblioteca y círculo de lectura de Salvador Alberdi (padre de Juan B. Alberdi) de comienzos del siglo XIX; las representaciones teatrales durante el gobierno de Alejandro Heredia y las duras reglamentaciones de los festejos del carnaval bajo la gestión de Celedonio Gutiérrez, por nombrar algunos episodios escritos con una inocultable nostalgia por el pasado. Esa pequeña columna, siempre publicada a un costado de página, era tan corta como atrapante, facilitando con gran poder de síntesis y buena pluma la divulgación de la historia tucumana entre el gran público. Algo que, sin duda, generó un vacío en LA GACETA que hasta el momento no se ha podido llenar.

Nos conocimos personalmente cuando estaba investigando sobre los orígenes de la Sociedad Sarmiento para mi tesis doctoral, alrededor de 2009. Había presentado un artículo en un evento académico sobre las peregrinaciones patrióticas de la juventud a la Casa Histórica, que los jóvenes de "la Sarmiento" organizaron desde la década de 1890. El paper llegó a sus manos y llamaron su atención algunas de mis fuentes, que él desconocía. A partir de ese momento comenzó un intercambio de fuentes por medio de sobres que nos cruzábamos vía las recepcionistas de LA GACETA.

En tres ocasiones lo visité en su oficina, donde me mostró fotografías -la más espeluznante fue una tomada durante la exhumación del cadáver de Alberdi- y postales que, junto a libros y documentos, atesoraba celosamente desde hacía décadas. En otras oportunidades nos encontramos a discutir temas puntuales de interés común. Mi investigación sobre Lola Mora fue uno de los temas tratados en esos encuentros.

Pero creo que el intercambio intelectual más importante que tuvimos fue sobre su vida pública. Una entrevista que me concedió por e-mail cuando yo estaba escribiendo el último capítulo del libro sobre la cultura en Tucumán que formó parte de la Colección de Historias Temáticas que publicó el gobierno de la Provincia, en el que se recuperaban diferentes experiencias de artistas tucumanos durante la última dictadura. Sus respuestas desarrollan de manera exhaustiva y compleja, a través de 13 páginas, la autovvaloración de su gestión al frente de la Dirección General de Cultura de la Provincia de Tucumán entre 1977 y 1983. Este documento sirvió de insumo para ese capítulo, contrastado con otros testimonios. Tengo entendido que fue la única entrevista en la que hizo referencia a su experiencia como funcionario del Estado en esos momentos tan trágicos de la historia de Tucumán y la Argentina.



que la produjo el fonógrafo, en la exposición del inventor Thomas Alva Edison.

La voz grabada

Por primera vez en su vida, el doctor Wilde oye una voz humana grabada en los cilindros del fonógrafo.

Escribe: "Si yo tuviera un hijo, recogería sus primeras palabras y sus frases mal dichas, en un fonógrafo, para oír su voz en cualquier tiempo. Un padre de esta época puede retener, con su sabor de actualidad en los cilindros de un fonógrafo, la voz, el timbre, el acento, la expresión y hasta la risa de un hijo pequeño".

Fiel a su estilo irónico, añade que cuando ese hijo "se haya hecho un mocetón bárbaro, brutal y desagradable, el padre, en los ratos de melancolía por los disgustos presentes, puede renovar su ternura, oyendo la voz,

las palabras y las gracias infantiles del ex niño, conservadas eléctricamente en un rollo".

Detener la vida

Le impresionaba cómo "el fonógrafo detiene la vida y perpetúa los fugitivos momentos; con él ya no hay pasado para la palabra hablada.

Fenómeno curioso: ¡hace hablar a los muertos! Dentro de cien años, los habitantes de las grandes ciudades podrán oír cantar a la Patti y escuchar los discursos de nuestros políticos".

Le parece que lo que acaba de ver es "el complemento de la imprenta. Ésta, por medio de los libros, perpetúa el pensamiento humano; aquél, con sus delicadas impresiones, conserva los sonidos para darles vida en cualquier momento del más remoto futuro".

Hoy, el hielo se produce en todas partes. Las grabaciones y las fotografías diluvian sobre nosotros en tantos niveles de perfección, que resultan francamente agobiantes.

Qué extraño es internarse en las ingenuas sensaciones de quienes tomaron contacto con tales prodigios por primera vez.



LA PÁGINA COMPLETA. Se publicó el 2 de junio de 2013, con el habitual despliegue fotográfico.

Juárez Celman.

La historiadora Maxine Hanon tuvo la gentileza de permitirme la consulta de la excelente biografía de Wilde que tiene en prensa. Destaca un texto que se publicaría en "Viajes y observaciones. Brooklyn".

Allí, Wilde testimonia el impacto

DE MEMORIA LA NOTA TAN ESPERADA DE CADA DOMINGO

Muchísimos lectores de LA GACETA guardan las páginas en las que se publicaba "De memoria". Cada domingo, Carlos Páez de la Torre (h) seleccionaba un tema, lo desarrollaba con amplitud y lo nutría con imágenes tan interesantes y originales como los textos que escribía. Al contrario de "Apenas ayer", focalizado en Tucumán, "De memoria" le permitía a Páez de la Torre abordar capítulos de la historia nacional e internacional. Imposible quedarse con un "De memoria", siendo tan rica y extensa la producción. A modo de ejemplo, reproducimos esta deliciosa asociación entre la obra de García Márquez y dos protagonistas del pasado.

Invento de Edison

No puede negarse que el suceso (que evocan Becquer Casaballe y Cuarterolo en "Imágenes del Río de la Plata") tiene semejanza con aquel encuentro de José Arcadio Buendía y sus hijos con el hielo. Cincuenta años después de la presentación de la foto en Montevideo, en 1890 llega a Nueva York el médico, político y gran escritor Eduardo Wilde (1844-1913). Es una etapa del largo viaje que ha emprendido luego de renunciar a la cartera de ministro del Interior del presidente Miguel

A P E N A S A Y E R

## EL CADETE SORIA

*El caso conmovió al Tucumán de los '20*CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (H)  
LA GACETA

La fría madrugada del 18 de julio de 1927, dos policías a caballo del Escuadrón de Seguridad regresaban de una recorrida de rutina por la avenida Mate de Luna. Avenida que distaba mucho de tener, entonces, su actual condición de vía pavimentada, de tránsito veloz y con iluminación. Era sólo un ancho camino de tierra, con enormes árboles que le daban un aire inquietante en la oscuridad.

El cadete Alberto Félix Soria y el soldado José Santos Córdoba mantenían sus caballos al trote, desde el Camino del Perú, conten-

trozada, ya estaba muerto antes de tocar el suelo. Otra bala perforó el brazo del atónito Córdoba. El desconocido disparó cuatro veces más, hasta agotar la carga. Tiró el revólver entre los pastos y se perdió corriendo en la oscuridad.

La muerte de Soria enfureció a la Policía, que se lanzó a la búsqueda del asesino. Ese mismo día detuvieron a José Ricardo Suárez, alias "El Águila", delincuente recién liberado de la Cárcel de Contraventores, que desde 1912 venía figurando en las crónicas policiales de Villa Luján, zona de su domicilio. Lo llevaron al hospital donde asistían al herido Córdoba para que lo identificase.

Córdoba lo miró bien. "El Águila", mientras tanto, le decía que no lo perjudicara, que era inocente, que acababa de salir de la cárcel. El soldado lo escuchó y después dijo implacablemente que estaba casi seguro de que se trataba del mismo hombre que les disparó en la avenida. Acusado por el jefe de Investigaciones, Miguel Macario Ricci, pocas horas después "El Águila" confesaba todo.

Dijo que ese mismo día había comprado el revólver en el centro, en la calle Mendoza, a un "señor de barba blanca", por 36 pesos que había juntado entre la venta de un calentador y algo que ahorró en la prisión. Venía por la Mate de

Luna con unos tragos adentro cuando vio a los policías. El susto hizo todo lo demás.

Poco importaba todo esto al pobre Soria, cuya vida había terminado absurdamente esa noche, en plena juventud. Sus camaradas resolvieron rendirle homenaje, construyendo un monumento a su memoria en el Cementerio del Norte. Lo encargaron al joven escultor Agustín Aragonés. Él realizó la efigie del cadete uniformado,



EN EL CEMENTERIO DEL NORTE. Páez de la Torre y la figura del cadete Soria a la que alude en el relato.



20 DE ABRIL DE 1993. La página de LA GACETA con el primer Apenas ayer.

tos de volver a casa. Eran cerca de las 3 cuando, a la altura de la numeración 3.100 actual, advirtieron, por la vereda sur, a un hombre que caminaba hacia el oeste, ebrio y dando la vuelta la cabeza de vez en cuando, como si lo persiguieran. Le dieron "voz de alto".

Lo demás ocurrió muy rápidamente. El hombre extrajo un revólver calibre 38 y disparó resueltamente contra los uniformados. El cadete Soria, con la cabeza des-

## UN CLÁSICO DE LA GACETA

## LA COLUMNA QUE SE PUBLICÓ DURANTE 27 AÑOS

Carlos Páez de la Torre (h) se propuso contar, todos los días, una pequeña gran historia sobre el pasado de Tucumán. Bautizó a la columna "Apenas ayer" y se preocupó por darle continuidad, al punto de que no salía de vacaciones sin dejar las notas prolijamente editadas para su publicación. Aquí reproducimos la primera de ellas.

en posición de firme y con la espada desenvainada, y la de una mujer llorando en el suelo, a un

costado. Al fondo estaba un monolito con la inscripción respectiva.

El monumento se inauguró con toda solemnidad el 19 de julio de 1928, en un acto donde habló el bizarro general Juan Esteban Vaccarezza, jefe de la V Región Militar. Desde entonces, constituirían algo típico del Cementerio del Oeste estas figuras a las cuales el capricho de los administradores fue pintando siempre de colores brillantes. El uniforme del cadete algunas veces fue rojo, otras azul oscuro, otras celeste. La mujer fue de color carne, dorada o plateada.

## LA FAMILIA

# FUE UN PADRE ÚNICO, APASIONADO Y GENEROSO

**FLAVIA, DIANA, INÉS Y EUGENIA PÁEZ DE LA TORRE** - HIJAS DEL HISTORIADOR

Nos pidieron que escribiéramos algo sobre nuestro padre, Carlos Páez de la Torre. Cómo era, qué fue lo que nos dejó, cuál es su legado.

Una buena forma de describirlo es decir que fue un padre único. Completamente distinto a los de nuestras amigas: no sabía manejar, no le interesaban los deportes, no usaba remeras, zapatillas, ni camisas mangas cortas. Pocas veces lo vimos con jeans, normalmente estaba de traje, usaba gemelos y corbatas anchas.

Desayunaba siempre afuera, no tomaba alcohol, pero era capaz de ser el último en irse de una fiesta. Conocía a mucha gente, de todas las edades, tenía un montón de amigos, en la calle lo saludaban hasta los desconocidos. Le encantaba el cine (las películas de todos los géneros, pero especialmente las policiales).

Tardó bastante en tener teléfono celular y nunca logramos que usara whatsapp. Dibujaba muy bien, leía muchísimo (y de todo). Y, además, escribía (con lapiceras de pluma, odiaba las otras). Escribió todos sus libros a mano, gran parte de ellos, en los bares.

Se dice que las hijas mujeres sienten especial admiración por el padre, y ese es nuestro caso: admiración y orgullo por lo extremadamente apasionado, memorioso y trabajador que era. Todo lo que hacía, era con pasión: cuando conversaba, hablaba, leía, investigaba, escribía, fumaba...

Sabía de memoria párrafos completos de libros y, a veces, al recitarlos se le quebraba la voz de la emoción. Le encantaban las fotos, tenía millones. Lo hemos visto pasar horas archivando los negativos en grandes carpetas de tapa negra, en sobres de papel manteca que se pegaban en las hojas, prolijamente, debajo de los contactos impresos.

Era muy generoso con lo que sabía: ninguna persona, conocida o desconocida para él, que le pidiera información, se quedaba sin recibir datos, fuentes, libros, etc. Le encantaba ayudar al que esta-



RODEADO POR SUS ÍNTIMOS. Las hijas de Páez de la Torre contaron como era él en la intimidad. El personaje que muy pocos conocieron.

ba interesado, hacerle llegar a alguien eso que estaba buscando. No tenía pereza.

Lo que no le gustaba era prestar libros, prefería comprarte uno igual o sacar fotocopia y mandarla por correo (era muy del correo), o dejar en la recepción de LA GACETA un sobre, con el nombre del destinatario escrito con un lápiz rojo grueso con su letra característica.

Hoy se cumplen cinco años de su muerte. Como estábamos encerrados por la pandemia, su velorio y entierro fueron una cosa muy íntima, sólo nosotras (casi todas) y nuestras familias. Pero también - gracias a la tecnología- muy acompañadas por amigos y personas queridas. Y además, por una

inmensa cantidad de gente que no conocemos, pero que nos hicieron llegar palabras de admiración y afecto. Fue muy reconfortante esa cercanía y cariño en medio de tanta tristeza.

A los meses, cuando pudimos entrar a su oficina de LA GACETA para disponer de lo que había allí - además de desocupar la que él alquilaba en el 5° piso-, tomamos dimensión de muchas cosas. La más importante: la cantidad de libros, cartas, fotos, artículos, folletos y demás papeles que supo reunir durante más de medio siglo. Teníamos que ordenarlos. Y a esa monumental tarea se dedicó nuestra madre, Flavia Allende. Y es que es imposible hablar de él sin mencionarla. Fue su gran compa-

ñera.

Lo primero que hizo fue completar la donación de libros que él mismo había hecho a La Gaceta años antes. Entonces debíamos resolver qué destino darle a todo lo demás. Surgió la idea de publicar los artículos del "Apenas Ayer" en formato libro, imposible. Entonces ella se puso a ordenar, sacó las cosas personales y fichó todo. Y ahí sí, con más claridad, decidió que, para que ese material estuviera al alcance de quien lo necesitara, lo mejor era crear un sitio web. Y así nació [www.carlospaezdelatorre.com](http://www.carlospaezdelatorre.com). Valeria Muzzo la ayudó en el armado del sitio.

Ese espacio digital contiene los artículos periodísticos y de divulgación, prólogos, libros, folletos,

videos y fotos. Aún hoy se sigue actualizando. Además, todo eso está físicamente en el Archivo del diario. Sabemos que desde que está en funcionamiento, el sitio ha recibido muchísimas visitas, así que el objetivo está cumplido.

Pensando en cómo cerrar este texto, se nos ocurrió Lucem Quae- rimus: "buscamos la luz", en latín (es el lema de la Academia Nacional de Historia). Lo decía cada vez que le pedía a alguna de nosotras que prendiéramos una luz. Y de cierta manera, es una frase que también define su vida: buscar la luz en la historia, en los documentos, en lo que nos contaba con tanta pasión, en lo que escribía. Ese es su legado para nosotras y ojalá que para otros también.

EN PRIMERA PERSONA

# UN LEGADO BRILLANTE: LOS LIBROS DEL BICENTENARIO

**GABRIELA TÍO VALLEJO**  
HISTORIADORA - ESPECIAL PARA LA GACETA

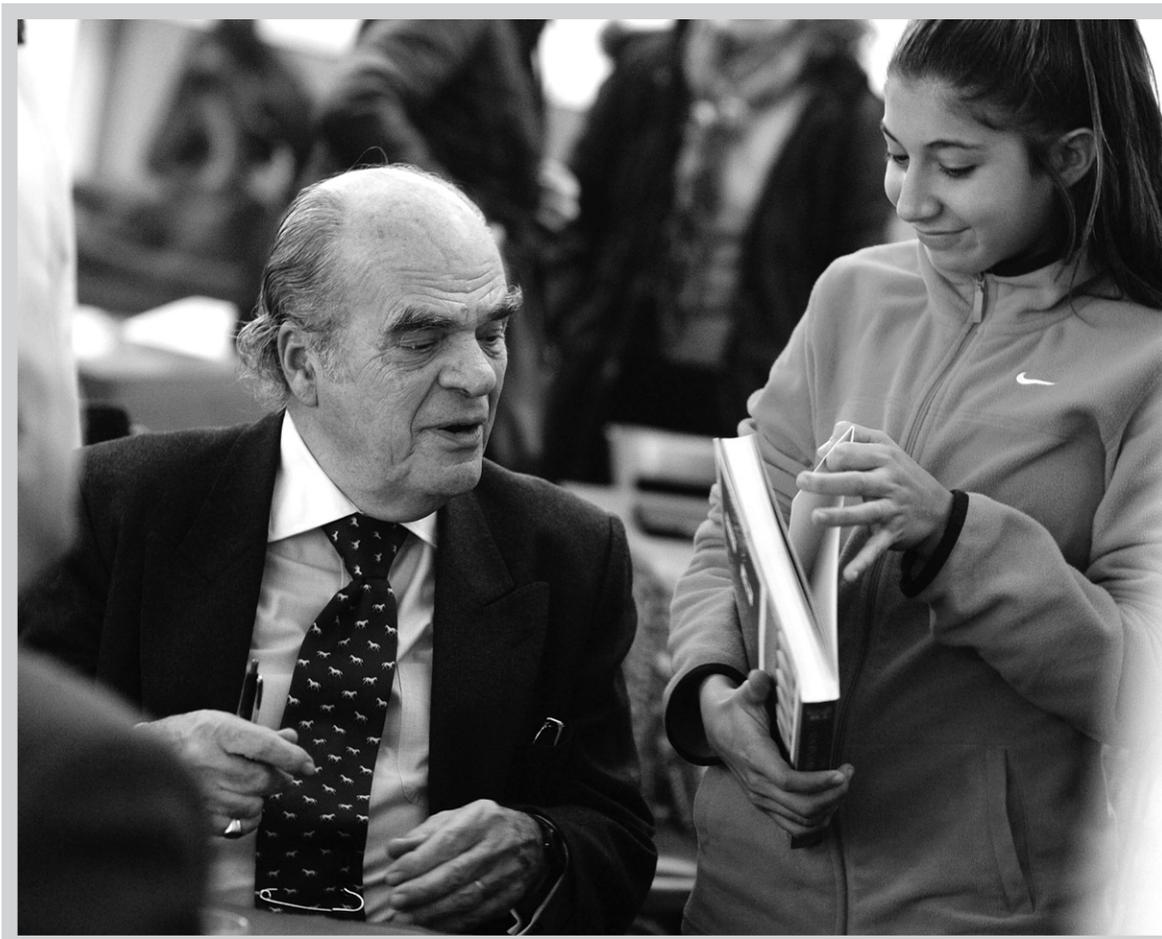
Los buenos narradores suelen ser malos conversadores. En esto Páez era una excepción. Entre sus modos aristocráticos, tales como pagar siempre el café diciendo “yo atiendo esto”, estaba la habilidad para introducir una anécdota que podía ser personal pero siempre enhebrada al diálogo compartido y a los intereses comunes. Yo disfrutaba sus relatos que, con voz grave y por momentos histriónica, desplegaba en el “fumadero”, el lugar adonde solíamos ir desde LA GACETA que era nuestro punto de encuentro.

Allí se corporizaban personajes históricos, sus vicios, sus virtudes, sus pleitos, detalles que podían parecer anecdóticos pero que los convertían en personas de carne y hueso, las más de las veces ante una consulta mía.

También se interesaba en mis investigaciones, siempre aportando algo. A lo largo de los años distintos proyectos fueron ocasión para estas largas conversaciones. Abordamos juntos la tarea de recuperar los capítulos del libro que había dejado inédito Ramón Leoni Pinto en torno a la historiografía de Tucumán. Fue una tarea ardua de recopilación de borradores en papel, además de algunos archivos digitales.

Celebrar el bicentenario con la producción de dos colecciones de Historia de Tucumán fue idea suya como integrante del Ente del Bicentenario. Era un proyecto que superaba las a veces patrióticas pero estériles conmemoraciones. Carlos me contactó a fines de 2015 para ser la coordinadora de la Historia de los Municipios de la provincia. Por primera vez, se encaraba una historia de Tucumán no desde la capital sino de los pueblos y ciudades del territorio provincial.

Le consulté mucho en el proceso de redacción de los libros en el que participé activamente, ofreciéndonos material de trabajo, fotos, mapas, asesorando a escritores y pasantes en la consulta de fuentes y en todo lo que estuvo a su alcance para facilitar el desarrollo del pro-



SIEMPRE ATENTO. Para cada consulta Páez de la Torre tenía una respuesta. Y con la sonrisa a flor de labios.



COLECCIÓN DEL BICENTENARIO. La presentación oficial: Tío Vallejo, Saguir, Acevedo, Bravo y Páez de la Torre.

yecto que lo entusiasmaba especialmente.

Cabe destacar que no se ha escrito un manual que ocupe un lugar parecido a sus manuales de Historia de Tucumán. La produc-

ción historiográfica sobre nuestra provincia es abundante y rigurosa, pero no hay una obra similar que sirva de referencia para quien inicia un camino de investigación, para los docentes o para los aficio-

nados o curiosos de la historia.

La suya era una historia apegada a los acontecimientos, desde el ámbito disciplinar suele ser considerada una forma tradicional de hacer la historia. Sin embargo,

quienes trabajamos la historia de Tucumán, los que lo citamos y los que no, hemos recurrido a sus trabajos para reconstruir el entramado empírico de los problemas que estudiamos y también como una guía de fuentes a consultar.

La primera vez que nuestras formas de hacer Historia se encontraron fue en el Archivo Histórico cuando funcionaba en la calle 24 de Septiembre. Carlos me acercó la fotocopia de una nota suya en el diario sobre el fusilamiento de Bernabé Aráoz y a modo de sentencia me habló de la imposibilidad de entender la política de estos años sin considerar las relaciones personales de los protagonistas.

Probablemente percibía que yo me esmeraba en inscribir los hechos en un proceso social o político más amplio, mientras él buscaba la explicación más al ras de los acontecimientos, quizá con la certeza de que esa “histoire événementielle” se explicaría por sí misma. El encuentro de esas dos maneras de hacer la historia fundaron, de algún modo, un diálogo respetuoso que perduraría en el tiempo y que al menos para mí fue fructífero.

El entramado de acontecimientos reconstruido con rigor y exhaustividad y con su amplísimo conocimiento de las fuentes sobre Tucumán es una guía en los inicios de una investigación y también una bitácora de fuentes. Una mirada a las notas de sus manuales da cuenta no sólo de los documentos que utilizó sino de las publicaciones éditas, entre ellas numerosas revistas que consultaba seguramente en sus periódicos viajes a Buenos Aires, y que muchos conocimos a través de sus citas.

Cada tanto regreso a la trajinada fotocopia del viejo manual de Historia de Tucumán como si fuera otra vez al “fumadero” a escuchar su relato de cuando estuvo a solas con Perón o a buscar ese dato al que a veces no le damos esta historia historiográfica pero que es parte de la urdimbre de cada relato que trabajosamente construimos.

Nos quedó pendiente un último café.

EN PRIMERA PERSONA

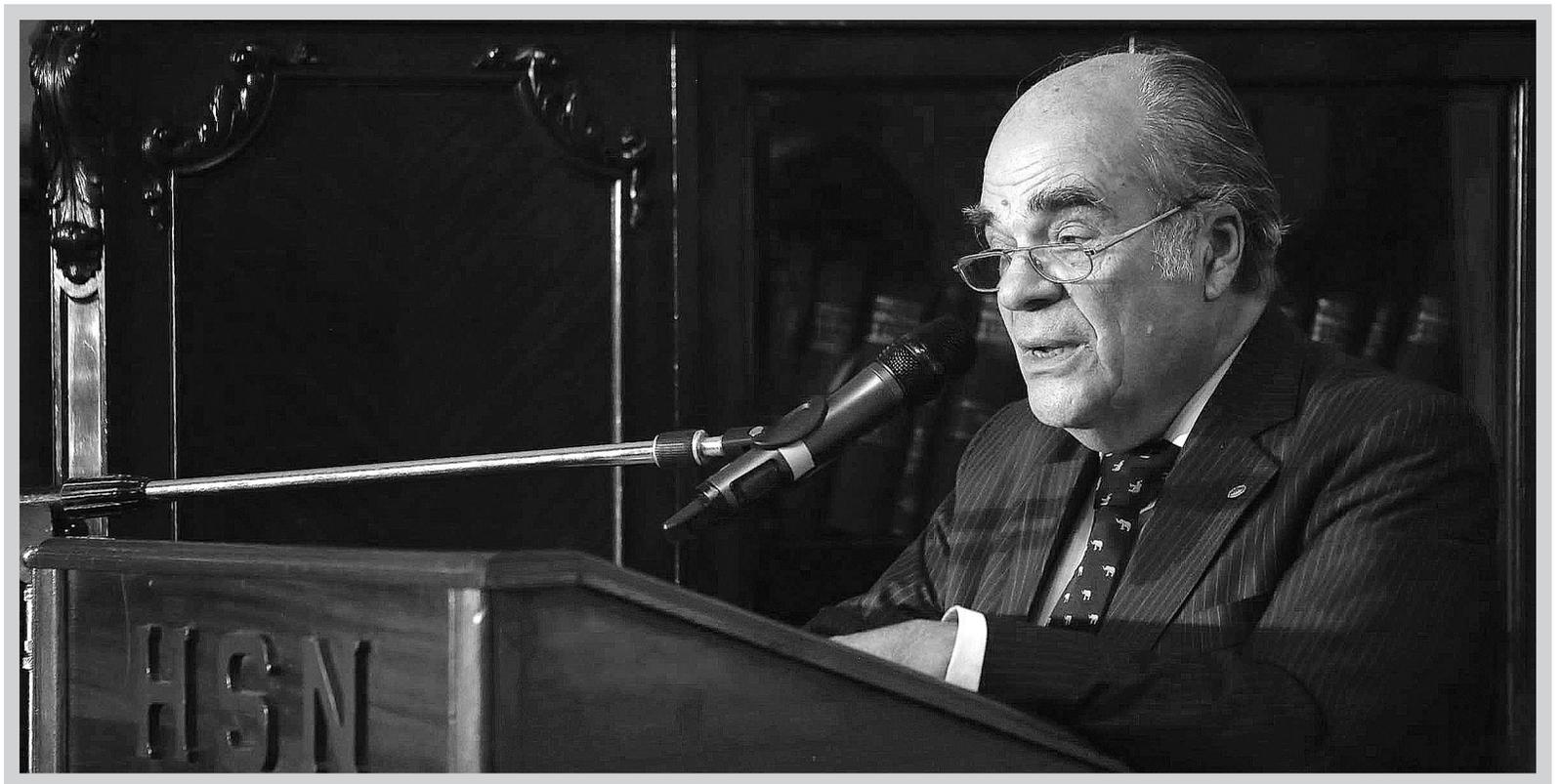
# NINGÚN ESTUDIOSO DE LA HISTORIA PUEDE IGNORARLO

**LUIS GONZÁLEZ ALVO**  
HISTORIADOR - ESPECIAL PARA LA GACETA

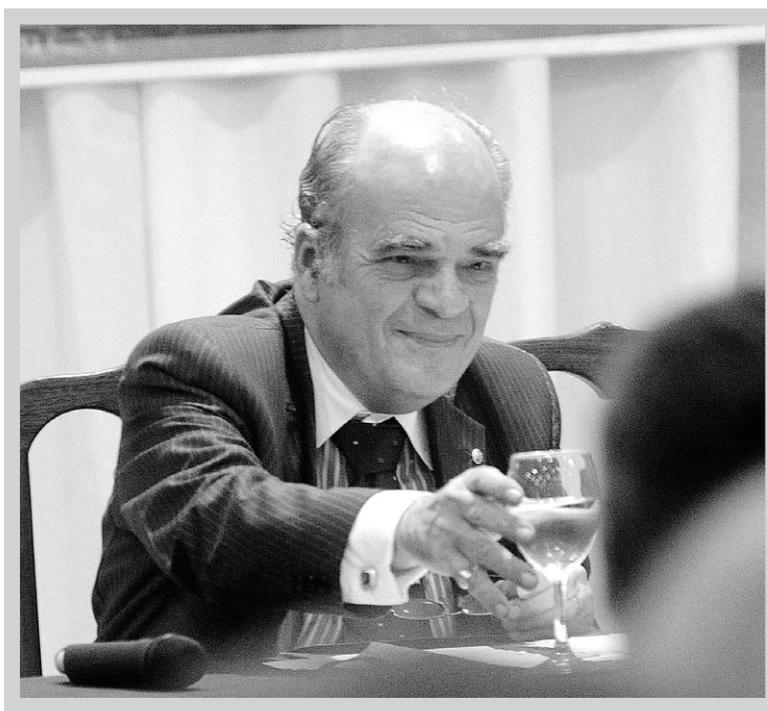
Fue por el mes de julio de 2013, medio año después de haber terminado la licenciatura en Historia, que conocí a Páez de la Torre. Un día, sin previo aviso, me dirigí al edificio de LA GACETA y pregunté por él en la recepción. Sin conocerme, ni saber qué estaba buscando, me recibió en su oficina y, antes de darme tiempo a presentarme, me preguntó, sin rodeos, qué necesitaba. Le conté que estaba preparando la publicación de un libro sobre la historia de la primera penitenciaría de Tucumán, basado en mi tesis de licenciatura. Le comenté que su Historia de Tucumán me había resultado de mucha utilidad, como así también muchas de las notas de sus columnas "Apenas ayer" y "Personalidades en el olvido". Le dije que no había podido conseguir una foto de la fachada de la penitenciaría inaugurada en 1886 y que creía que, si había alguien que pudiera tenerla, era Páez de la Torre.

Bueno, Páez no tenía esa foto. Recordaba la fachada con claridad, de igual modo que el momento de la demolición, pero no encontró en su archivo una imagen. No obstante, procedió a compartir conmigo las fotografías que tenía del interior de la cárcel y todo el material que estaba a su alcance, relacionado con mi investigación. Finalmente, la tapa de mi primer libro fue ilustrada con una imagen de su archivo personal. A partir de entonces, comencé a consultarle por fuentes (fotografías, cartas, libros) y no hubo vez que no me respondiera rápidamente, enviándome todo el material que tenía a disposición. En varias ocasiones nos reunimos en un café de la calle Maipú, en la vereda, para que él pudiera fumar sin parar durante toda la conversación, mientras escuchaba mis proyectos para luego aportar y lanzar sus críticas sin anestesia.

Diferíamos en todos los puntos de vista sobre cualquier tema. Una vez, antes de retirarse del café, me dijo que, si quería saber su opinión sobre alguna materia, la que fuera, solo tenía que invertir mi



DESDE EL ATRIL. Era un conferencista ameno y muy requerido. Aquí habla en el Senado de la Nación.



EN UNA MESA DE DEBATE. El humor lo acompañaba en todo momento.

opinión y ya tendría la respuesta. A pesar de eso, nunca escatimó de su tiempo para darme una mano en materia de fuentes. En una ocasión, luego del café y sus 10 ci-

garrillos, me regaló varios de sus libros -las biografías de Groussac, Lola Mora, Juan B. Terán y Lucas Córdoba-

Al acercarse el bicentenario de

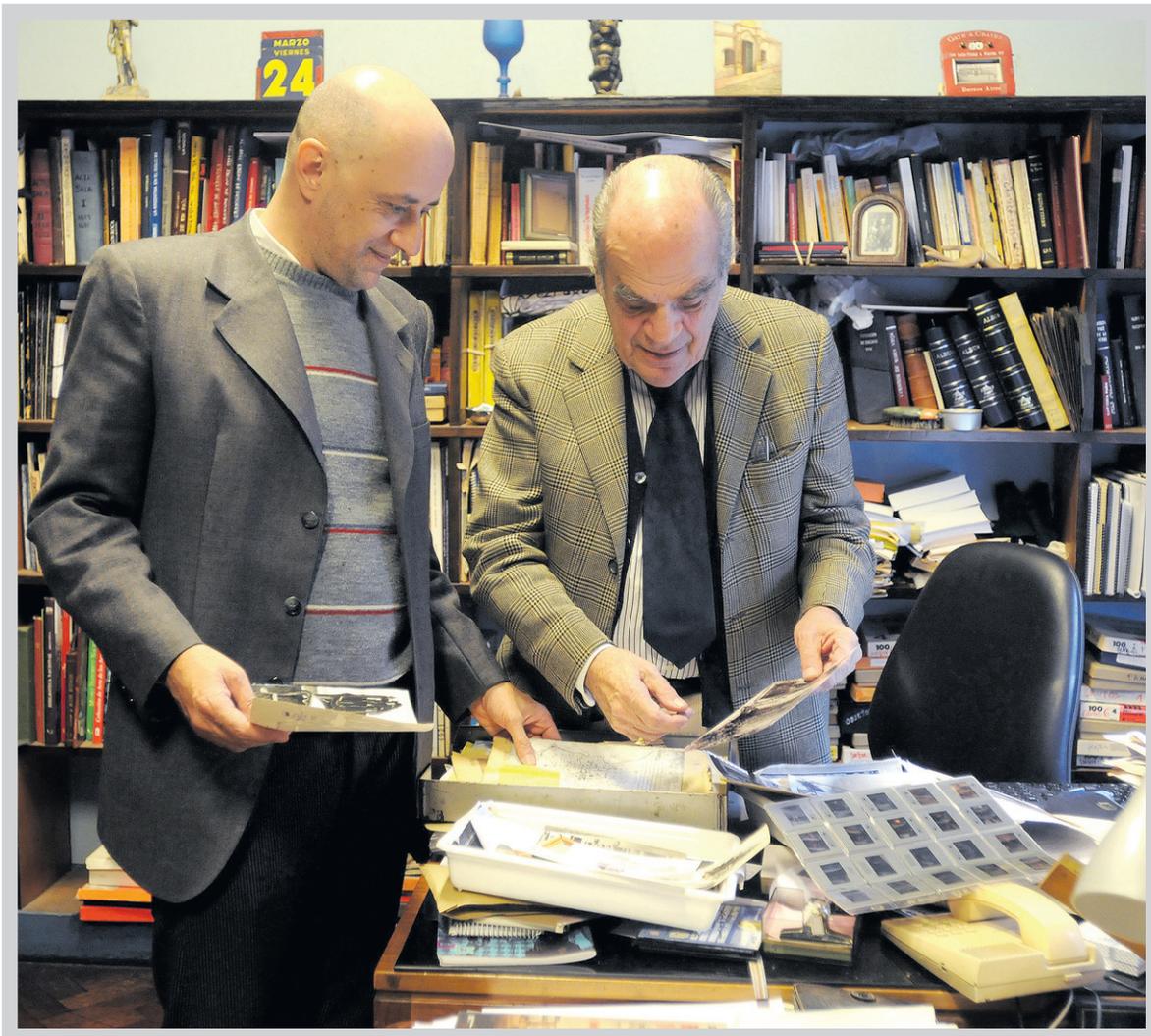
la Declaración de Independencia, Páez impulsó la inversión más importante en investigaciones históricas realizada por la provincia en toda su historia (los 30 libros de las colecciones "Historias de los municipios" e "Historias Temáticas"). Me tocó escribir el libro de Historia de Concepción, para el cual recibí, nuevamente, toda su ayuda desinteresada, hasta que el libro se publicó en 2017.

Vistos retrospectivamente, los seis años en los que pude compartir algunos cafés y muchas fuentes con Páez, hoy me parecen cortos. Hubiera querido seguir discutiendo más años con él, porque, a pesar de las enormes diferencias que teníamos, era un interlocutor que sabía escuchar. Y porque hubiera querido tener más tiempo para aprender de él, el oficio del divulgador. Tarea que no se nos enseña en la Universidad y que es realmente fundamental para que la historiografía no se produzca exclusivamente para historiadores.

Cuando ingresé a la carrera de Historia en 2005 no se reconocía el aporte de Páez de la Torre a la

historiografía tucumana. Yo, por lo menos, no escuché ninguna mención a su trabajo en los años que cursé la carrera. Lo conocía a través de sus notas en LA GACETA. Sin embargo, dos décadas después, y un lustro después de su fallecimiento, creo que la situación es bastante diferente. Pocos docentes -por no decir ninguno- desconocen, al menos, su trabajo de fuentes. Su obra podrá ser más o menos criticada, pero nadie que investigue la historia de Tucumán -en casi cualquier período- puede ignorar la dimensión de su contribución. Y además, convengamos también, que ninguno de nosotros -los historiadores universitarios- hemos podido tener el alcance que él tuvo. No creo que me equivoque al afirmar, a modo de cierre, que todo historiador de Tucumán desearía que lo leyeran al menos un 5% de las personas que han leído alguna vez a Páez de la Torre. Si al menos una pequeña parte de la historiografía que se produce en la Universidad pudiera tener ese alcance, no dudo de que la sociedad tucumana sería muy diferente, y para bien.

GALERÍA



ELIGIENDO FOTOS. Así preparó junto a Sebastián Rosso la edición del libro "Rostros del viejo Tucumán".



JUNTO A VENTURA MURGA. Planificando la reedición del libro sobre las calles de la ciudad.



AMABA ANDAR A CABALLO. La imagen lo muestra joven, en su entrañable Tafí del Valle.



DISTINGUIDO EN EL CONGRESO DE LA NACIÓN. Junto a la entonces senadora Silvia Elías de Pérez.



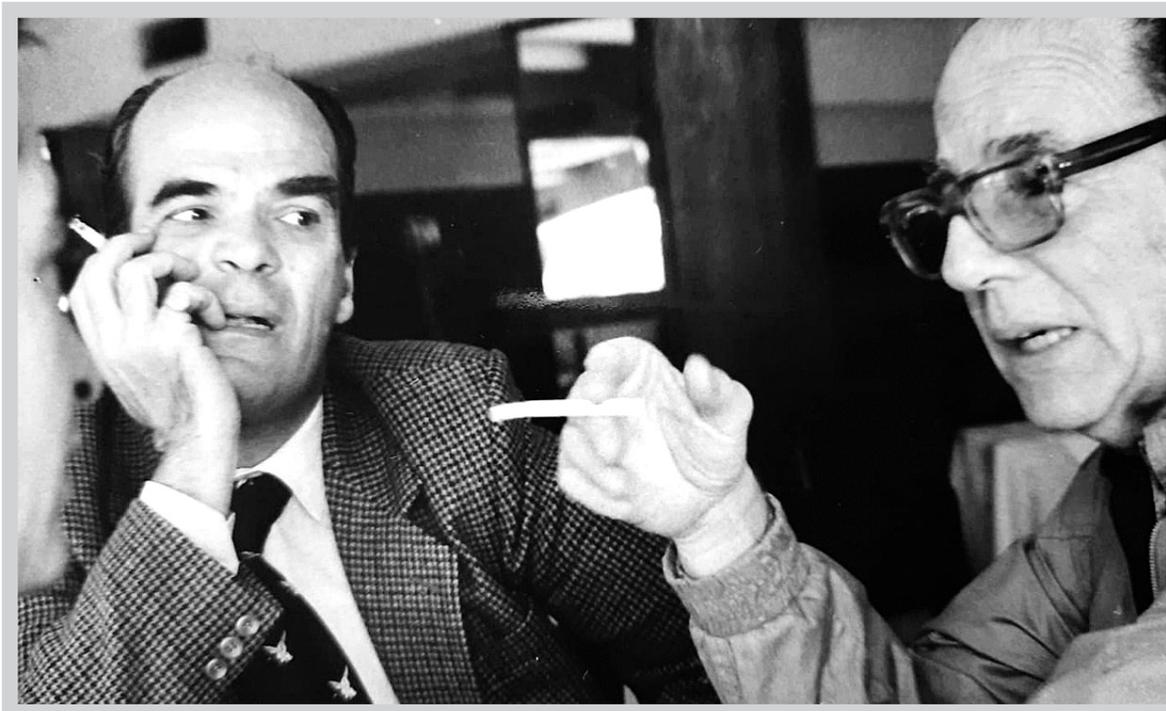
CON CÉSAR PELLI. Una de las últimas visitas del arquitecto a Tucumán.

# LAS FOTOS DE UN FERVOROSO CULTOR DE LA IMAGEN



LA PLUMA DE UN GRAN DIBUJANTE. Héctor Palacios lo despidió así en 2020.

GALERÍA



CIGARRILLOS EN MANO. Páez de la Torre escucha con atención a Félix Luna.



MIRADA ORIGINAL. Con las antiguas placas que nombraban las calles.



EN EL MUSEO NICOLÁS AVELLANEDA. Bajo la mirada de las célebres carbonillas de Lola Mora.

EN EL ARCHIVO DE LA GACETA. Trabajaba a mano y con pluma. Era un meticoloso corrector.



FOTÓGRAFO AFICIONADO. Usaba la cámara para registrar cada uno de sus hallazgos históricos.

EL RECUERDO

# RADIOGRAFÍA DE UN PERIODISTA

FEDERICO DIEGO VAN MAMEREN  
LA GACETA

Cuando entré por primera vez a la Redacción sentí que estaba en un lugar indebido. Escribía con las dos manos sobre el teclado pero no tenía título, así que salí corriendo hacia la Pitman que estaba a dos cuerdas por ese entonces. Los demás colegas del diario se reían. Algunos, los más osados, me acompañaron hasta un escritorio donde estaba Carlos sacando la lengua y escribiendo a una velocidad inusitada. Le bastaba un solo dedo que se deslizaba por las duras teclas de las Lexicon 80 como si fuera una bailarina de ballet. De ese dedo salían libros y libros.

Era tal su concentración que ni hola dijo. O tal vez ni le importaba.

Carlos había tenido un viaje en avión que mejor olvidar. Pero en su calidad de historiador lo recordó siempre. Así que sus viajes largos los hacía en ómnibus. Esas horas tediosas y aburridas para cualquiera se convertían en fuentes de energía para cargar pilas y para leer libros eternos que quedaban guardados en su privilegiada cabeza.

A Carlos se le escapaban las palabras. Pero todas se escapaban ordenadamente. Construían anécdotas interminables. Algunas duraban toda la noche. Entretenían, enseñaban, abrían caminos. Hasta las más duras y truculentas tenían guardada una carcajada. Carlos era solidario. Compartía su sabiduría y después su dedo la convertía en letras de plomo y tinta.

En ese torrente de cuentos que iban y venían, que navegaban en cafés o en güisquis y siempre se abrumaban por el humo de algún cigarrillo, era difícil meter un bocado. A veces cuando volvía de la madrugada sentía que habíamos sido la claqué del hombre sabio. Cuán equivocado estaba. Al otro



día se acercaba a mi escritorio en LA GACETA y dejaba una nota escrita sobre algo que le habíamos preguntado o consultado la noche anterior. Y si el desvelo no le había permitido escribir una crónica te tiraba un puñado de ideas para resolver el problema de la noche anterior. Es que Carlos hablaba, pero también escuchaba.

Carlos además tenía amigos. Los hacía rápido. Una noche le bastaba. A veces llegaba a la Redacción con cara de preocupado -al menos con el ceño fruncido- y empezaba a preguntar por qué tal o cual persona había salido maltrecha en alguna crónica. Vos le explicabas con detalle y se iba sin decirte nada. Sin un pedido. Carlos era amigo, pero también periodista.

Un día caminaba hacia el fondo del interminable pasillo que separa la Redacción con los baños y de una de las salidas salía humo. Casi en la oscuridad, estaba Carlos con una prueba de página, un lápiz y obviamente, un cigarrillo. “¿Qué hacés Carlos?”, me animé a decir sacándolo de su romance con el texto. No sé si le hablaba bajito y cariñosamente o si sólo releía. Al fin y al cabo era lo mismo. Buscaba que esa nota que había escrito minutos antes le devolviera toda la pasión que él había puesto. No iba a tolerar una palabra de más ni mal dicha. “Me estoy corrigiendo”, respondió. Carlos era impiadoso con él mismo.

Y una tarde cuando ya la muerte lo estaba llamando se acercó y me dio unos pantalones que ya no iba a usar. “Guardalos, seguro te van a servir”. Carlos, en tantas jornadas compartidas, me había enseñado la importancia de preguntar, de escuchar, de leer y de escribir, de chequear y de releer sin abandonar nunca la curiosidad. Sólo faltaba ponerme los pantalones de periodista.